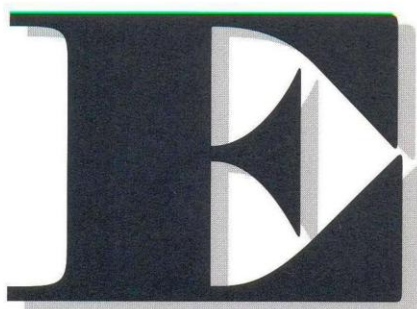


# Editorial



El mundo contemporáneo comienza su andadura en el tercer milenio impulsado por un efecto paradójico. De un lado, la mundialización originada por la revolución tecnológica comunicacional. De otro, una creciente reivindicación de las singularidades y los particularismos. El planeta es ya una aldea global donde todo se sabe y se comunica casi al instante. A velocidad de vértigo, los medios de comunicación transportan de un lugar a otro las imágenes de lo sucedido en cualquier lugar del mundo. Los usuarios

de internet hacen lo propio seleccionando aquella información que desean compartir con otros usuarios situados en los puntos más remotos del globo terrestre. Y sin embargo, todo este trasiego de imágenes no sólo no ha acabado sino que parece incentivar una cada vez más extendida búsqueda de identidad por parte de pueblos, culturas e individuos. Diríase que las imágenes transportadas por los medios se mueven en un ámbito epidérmico de simple representación de la realidad, mientras que otro tipo de imágenes, más profundas y simbólicas, aquellas que de verdad afectan a la forma de ser de los individuos y a su perspectiva vital en el mundo, éstas buscan desesperadamente permanecer en el ámbito de la propia conciencia, procurando de este modo en una época tan crítica unas identidades que aporten seguridad y certidumbre a individuos, culturas y pueblos.



Como ejemplo vivo de este proceso y como representación en el presente de una realidad futura que ya puede tocarse con los dedos de la mano, nos encontramos con la difícil coexistencia en un mismo territorio o estado de diferentes culturas y tradiciones, cada una de ellas con sus propias imágenes del mundo. Han sido los grandes movimientos migratorios de este último tercio del siglo los que han dado lugar a ese fenómeno que recibe el nombre de multiculturalismo. La resolución última del problema, que ahora se nos muestra como una auténtica quimera, pasaría por la extirpación de los males que aquejan las economías del llamado Tercer Mundo. Entre tanto, lo cierto es que la sociedad mundial del siglo XXI será necesariamente multiculturalista. Por una parte, ello significa, desde luego, la urgente toma de resoluciones políticas democráticas que sean capaces de armonizar diferentes intereses representativos de distintas culturas o formas simbólicas de ver el mundo. Pero por otra parte, y a un nivel más profundo y decisivo, habría que preguntarse cómo habrán de evolucionar los diferentes registros o códigos de imágenes culturales, una vez que sus portadores se hayan visto obligados a compartir con diferentes grupos de individuos un mismo territorio y unas mismas necesidades prácticas de organización de la vida en esos territorios o estados. A fin de cuentas, ¿no ha sido la historia de la humanidad la historia de una evolución surcada por múltiples influencias entre unas culturas y otras?

# Un mundo de imágenes

Es sin embargo la experiencia de tener un territorio propio, unas fronteras reales que pueden ser defendidas o reivindicadas, lo que está a la base de los nacionalismos como realidad problemática de nuestro tiempo. Nacionalismos los hay de diferentes signos pero todos ellos comparten un común significado: se trata de manifestaciones políticas de unos mismos hechos básicos: una cultura, una tradición, una lengua, una religión, una etnia, una suma de elementos que componen una determinada forma de vivir que políticamente quiere preservarse tras unas fronteras lo más precisas y seguras posibles. El problema con las fronteras pensadas hacia el exterior es que muchas veces acaban convirtiéndose en auténticos muros internos de incompreensión, intolerancia y xenofobia hacia un determinado número de ciudadanos (hay que tener en cuenta que los nacionalismos emergentes o los pequeños estados no son de ningún modo ajenos al hecho de la emigración y del multiculturalismo). Ante el nacionalismo, la sociedad democrática contemporánea busca sin duda afirmarse en torno a los principios ilustrados de una paz perpetua entre naciones y estados democráticos, siendo consecuente con la defensa de unos derechos humanos universales que garanticen el respeto a la dignidad e integridad de las personas individualmente consideradas. Y ese debe ser un objetivo político de primer orden en nuestro tiempo. Pero para que esto sea posible no podemos pasar por alto aquellas realidades culturales específicas que tienen una presencia activa tras las reivindicaciones políticas con que se expresan los nacionalismos contemporáneos.



Hemos hablado de un mundo intercomunicado, de imágenes que viajan de un lugar a otro en un movimiento ya continuo. También nos hemos referido al fenómeno del multiculturalismo como aquella representación física, en un mismo territorio, de la gran diversidad de tradiciones que recorre el mundo contemporáneo. Nos resta por decir que el arte del siglo XXI será expre-

sión de estos procesos cruzados de globalización y multiculturalismo. En rigor, podría ahora decirse que el llamado final de las vanguardias artísticas lo que hace es dar cuenta cabal del fin de un arte concebido como manifestación desde y para el mundo occidental. Es verdad que el "otro arte" siempre estuvo implícito en la producción plástica vanguardista de Occidente. Así ocurrió con la presencia del arte negro africano en la inspiración cubista, que dio origen a una forma distinta de mirar artísticamente la figura humana. Incluso yendo mucho más lejos, tan lejos como de hecho lo había intentado Paul Gauguin, podríamos plantearnos la influencia ejercida en el imaginario de las vanguardias europeas por aquellos referentes primitivos que desde fuera de nuestra civilización jugaban el papel terapéutico de una inocencia natural antagonista de esa modernidad que en el período de entreguerras se volvió agresiva y destructora. Pero el caso es que ya en nuestra época puede decirse que aquellas manifestaciones de "otro arte" se encuentran a la vez integradas y atravesadas por los propios resultados estéticos del arte occidental, y junto a este último componen un conjunto de expresiones, formas y estilos donde todo resulta defendible desde una situación de igualdad en el acto creativo. Como si de forma radical el etnocentrismo hubiese sido expulsado del arte, y éste volviese a ser lo que siempre fue: una manifestación de la libertad del espíritu humano, de cualquier espíritu humano en cualquier lugar del planeta.



Multiculturalismo, nacionalismo, arte del siglo XXI, problemáticas de nuestro tiempo que el Ateneo de La Laguna, en este tercer número de sus CUADERNOS ha querido hacer motivo de reflexión crítica, en su modesta colaboración al debate sobre los grandes temas de nuestra época. Ese está siendo nuestro objetivo en la actual etapa como Institución Artística y Cultural. Y en ello estamos, o seguimos.

